

EL OJO DE MERLINDA

El ojo la observaba fijamente, tan azul y tan negro como la noche de Nordlingen. Inmóvil como una perla en aquel frasco, habitaba el orbe que controlaba toda su vida desde el día que lo perdió.

Merlinda von Kusternoos había aprendido a odiar desde su nacimiento; había sido educada para aborrecer a la plebe y gobernar algún día ese condado germano de aldeanos orondos y burgueses ebrios de cerveza y salchichas. Su padre, el príncipe Plasta von Kusternoos la había adoctrinado muy bien en el arte del dominio y de la sumisión, en la disciplina del látigo y el aplastapulgares. Y ella había mamado las doctrinas de aquel aprendiz de Maquiavelo.

Su padre, el príncipe Plasta, la había enviado cuando cumplió quince años a Bamberg para completar su educación; le había llenado los bolsos de ducados y el alma de arrogancia.

Merlinda, conocida ya en aquella época como la princesa Tremenduskah, había colmado de orgullo a su padre siguiendo a rajatabla sus consejos y granjeándose el odio de todos y todas las cortesanas de Bamberg.

Sin embargo, Uwe, un joven chambelán que servía al gentilhomme Birgir Leko, potentado cervecero de la capital bávara, y que solía frecuentar el palacio donde se alojaba Merlinda, había despertado en la princesa una picazón que comenzaba a ablandar su corazón rencoroso. Quizás fueron los ojos almibarados, o sus hoyuelos como surcos de azada tan cerca de la comisura de los labios, o su trigueño cabello sobre los hombros lo que había ablandado su alma, o quizás fuera la libertad de sentirse lejos de su estricto padre y de los corsés de la corte de Nordlingen lo que había liberado la pasión de la princesa Tremenduskah.

Ciertamente era muy bella. Ningún hombre podría negarse a sus ofrecimientos ni rechazar sus caricias. Eso al menos creyó Merlinda cuando un día de verano de cervezas y salchichas blancas, mientras los sirvientes de los nobles se divertían en un verde prado en pasatiempos plebeyos, la princesa se acercó a un dormido Uwe y lo besó apasionadamente.

Al principio, Uwe respondió al beso con timidez y reticencia, pero al comprobar la tersura de los labios que lo besaron y el sabor a cerezas de esa lengua que lo perforaba, se abandonó a la intrusa que lo abrazaba y se apretó a su regazo.

Pasados unos minutos, despertó lleno de cerezas y ensueños, y echó a correr al ver la cara de Merlinda. Más asustado que halagado, se apresuró a esconderse en un establo donde dormitaban las calesas con caballos de los condes y príncipes que disfrutaban de aquella velada vespertina veraniega.

Pero aquella huida de Uwe no hizo más que aumentar el deseo de Merlinda y aquella misma noche comenzó a espiarlo. Empezó a desatender sus ocupaciones cortesanas, a faltar a sus estudios principescos, a descuidar su aseo e indumentaria y a perder la cordura que había regido toda su vida, dirigiéndola como un autómata hacia el trono que un día debería ocupar.

Acabó por disfrazarse de plebeya, vestir ropas sucias de esparto y telas viejas. Todo ello para poder observar a Uwe en todo momento, tanto si estaba en palacio como cuando acudía a su modesta casa en la Pequeña Venecia, el barrio más apestoso y peligroso de Bamberg.

Lo que Merlinda desconocía era que en aquella casa, además de Uwe, habitaban un bebé de diez meses sonrosado y fuerte como un roble y una ruda mesonera de brazos de hierro y pechos de matrona, con la que Uwe compartía más que la cama.

Una noche de inaguantable ardor en el corazón, la princesa Tremenduska dio un paso más en el abismo de su locura y se dispuso a espiar el interior de la vivienda, a través de la cerradura mugrienta de la puerta de madera roja. Apenas acertó a ver dos figuras fundidas en un abrazo y a oír el llanto de un niño hambriento. Su atrevimiento la impulsó a mirar por la ventana que daba al río y, arriesgando su propia vida, trepó por ese pequeño acantilado que conformaban la pared de la casa y la ribera del río, y se encaramó en el alféizar.

Aquella visión fue más dolorosa que todos los latigazos que ella había ordenado infligir en toda su vida. Uwe y una joven bellísima y rubicunda hacían el amor desnudos a la luz de unos leños sin vida, sobre el suelo de madera de la pequeña casa.

Su grito sobresaltó a los pescadores que cada mañana se levantaban con el sol y que habitaban en aquel barrio pesquero. Dos mozos que estaban aparejando su barco para hacerse al río en busca de algo que llevarse a la boca, lograron impedir que la princesa cayera desde su atalaya y muriera descalabrada contra las rocas del Regnitz.

Sin saber que se trataba de una dama de la corte, salvaron a aquella desharrapada empapada en sangre. Cuando fue lavada y atendida en la casa de uno de estos mozos, éstos se dieron cuenta de que la sangre que manchaba la cara, manos y ropas de la muchacha manaba de su ojo izquierdo, azabache como la noche y con trozos de rama

aún en su cuenca. En su mano, puño cerrado y apretado, aún palpitaba el ojo azulado y negro como la noche de Nordlingen.

Cuando Merlinda consiguió recuperarse y recordar quién era, Uwe ya había abandonado Bamberg y su recuerdo. Regresó a Nordlingen más llena de odio que antes y con el alma anegada en rencor y venganza.

Guardó su ojo mutilado en un frasco y lo colocó en un lugar privilegiado de su alcoba. Y desde aquel día, el ojo la observaba y le hablaba; le iba envenenando el espíritu y conformando el alma de una princesa sin alma, que un día gobernaría y odiaría a los príncipes intolerantes y a los plebeyos felices y enamorados.